

## *El teatro del exilio*

DOMÉNECH, Ricardo. *El teatro del exilio*, edición de Fernando Doménech Rico, Madrid, Cátedra, colección Crítica y Estudios Literarios, 2013, 315 páginas.

Ricardo Doménech murió en Madrid el 10 de octubre de 2010. Tres años después, con el título de *El teatro del exilio*, se publica póstumamente un libro suyo inconcluso, en edición de Fernando Doménech Rico, cuyo proceso de escritura viví paso a paso y con absoluta complicidad desde el año 2007.<sup>1</sup>

Vaya por delante que haber compartido con Ricardo Doménech desde octubre de 2007 el proyecto de investigación *Escena y literatura dramática en el exilio republicano de 1939*, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación [HUM2007-60545], ha sido para mí un auténtico lujo intelectual. La generosidad, entrega y entusiasmo con los que trabajó en nuestro proyecto, cuyas reuniones realizábamos periódicamente varios sábados al año en su casa madrileña a causa de su enfermedad, son impagables. Y el resultado de su trabajo en aquel proyecto es precisamente este libro que hoy comentamos, libro vinculado a un proyecto de investigación en el que, como bien afirma el editor, Ricardo «estaba integrado

plenamente» (página 20, nota 2).

El currículum de Ricardo Doménech como investigador del teatro español durante el siglo xx es admirable y somos muchos los que hemos aprendido tantísimo en sus libros. Sin ir más lejos, sobre nuestro exilio teatral, la lectura en el curso académico 1970-1971 de su edición de *Morir por cerrar los ojos*, de Max Aub, me abrió la luz hacia la obra dramática de un escritor exiliado que recién empezaba a conocer. Valle-Inclán, García Lorca, Max Aub, Rafael Alberti, Antonio Buero Vallejo, José Ricardo Morales son todos dramaturgos fundamentales de nuestro siglo XX a los que Ricardo estudió de manera rigurosa y espléndida.

Ricardo Doménech ha sido, sin duda, el investigador más cualificado de nuestro exilio teatral republicano de 1939. Desde su artículo «Los trasterados», aparecido en un número extraordinario sobre «Teatro español» que publicó la revista *Cuadernos para el Diálogo* en junio de 1966, su dedicación al tema fue ejemplar y constante. Y, sin duda, ha sido él quien más sistemáticamente y con mayor profundidad ha estudiado la literatura dramática de nuestro exilio, un concepto prohibido entonces por la censura franquista.

Todo ese trabajo de casi cincuenta años se sintetiza ahora en este libro que constituye, sin duda, el mejor estudio monográfico sobre el tema y que viene a ampliar los panoramas que el autor publicó en un año tan temprano como el de 1977<sup>2</sup> y,

<sup>1</sup> Tras su muerte y en homenaje a su memoria publiqué dos textos que me ahorran ahora la reconstrucción del contexto personal en el que Ricardo Doménech escribió este libro: «Ricardo Doménech, investigador del exilio teatral republicano de 1939». *Laberintos*, 13 (2011), pp. 469-478; y «A la memoria de Ricardo Doménech, maestro y amigo». *El Correo de Euclides*, 5 (2010), pp. 263-268.

<sup>2</sup> Ricardo Doménech, «Aproximación al teatro del exilio», en AA. VV., *El exilio español de 1939*, obra dirigida por José Luis Abellán. Madrid, Taurus, 1977, tomo IV («Cultura y literatura»), pp. 183-246.

posteriormente, en 2008.<sup>3</sup>

*El teatro del exilio* es el libro de un crítico teatral que, desde las páginas de la revista *Primer Acto* durante los años sesenta hasta su muerte en 2010, navegó durante cincuenta años por el mar de nuestro exilio teatral republicano de 1939. Ricardo Doménech había leído, por tanto, la práctica totalidad de nuestra literatura dramática exiliada y en este libro póstumo e inconcluso, que evidencia su completa madurez intelectual, se refleja tanto su modesta sabiduría crítica como su profundo conocimiento del tema. Porque desde su panorama de 1977 hasta el presente es obvio que, «junto a la libertad de expresión, disponemos de un conocimiento mucho más rico del exilio» (p. 27). Y, por ello, siendo «la meta» final de todo su esfuerzo crítico la plena integración de nuestra literatura exiliada en la historia de la literatura española («Que la literatura escrita por los exiliados se inserte en el ámbito total de la literatura española y que, a la vez, se contemple su pertenencia al árbol frondoso del exilio republicano; ésta es la meta» (p. 26), acierta a explicar en una suerte de «declaración de principios», con extrema lucidez, «algunas precisiones» y, en concreto, «dos aclaraciones imprescindibles, inexcusables» sobre la índole de este libro y sobre la función del crítico teatral:

Primero. Las páginas que siguen corresponden a *un estudio crítico*. Por tanto, la calidad artística –referente al espectáculo teatral y a la literatura dramática– será en todo momento una *conditio sine qua non*. Que el artista o el escritor de que se trate sea

un exiliado no ha de suplir nunca esta previa y fundamental exigencia de calidad. Dicho de otro modo: intentaremos contemplar el teatro del exilio desde una perspectiva amplia que tenga en cuenta, implícitamente, el mejor teatro de otros países en la misma época, con la fructífera posibilidad comparativa que de ello se deriva (además, claro, de la España del interior).

Esta –digamos– declaración de principios quizá resulta obvia a más de un lector. Pero la considero oportuna, porque en nuestro tiempo es muy frecuente la sobrevaloración de escritores menores (obras literarias mediocres, epistolarios y autobiografías en prosa indigesta, etc.) por su carácter documental, testimonial. Pase que los historiadores procedan así. Pero no los críticos literarios. (p. 27).

Es cierto que, gracias al esfuerzo colectivo de muchos investigadores, hoy «los estudiosos disponemos de una gran cantidad de estudios sobre los más diversos aspectos del teatro del exilio y las perspectivas son de que vaya en aumento en los próximos años» (p. 20). Pero no cabe duda de que necesitábamos «una síntesis clarificadora» que sólo un crítico sabio como Ricardo Doménech podía escribir y que confiesa abiertamente que era el objetivo principal de su libro:

Lo que se impone, ante el alud de monografías y capítulos en obras generales, es ordenar todo ese conjunto. A ese propósito responde este libro, a la intención de ofrecer al público general, pero también a los especialistas, una síntesis clarifi-

---

<sup>3</sup> Ricardo Doménech, «Una vez más el carro de Téspis ha partido al exilio», en AA. VV., *Las huellas del exilio*, edición de Antolín Sánchez Cuervo. Madrid, Editorial Tébar, 2008, pp. 189-218.

cadora en donde se destaque lo más valioso del teatro del exilio espigando entre toda la información disponible y se establezcan los necesarios niveles de calidad. (pp. 20-21).

Y, en este sentido, resulta admirable en este libro el compromiso consigo mismo del crítico teatral Ricardo Doménech, el compromiso con su «oficio», su coherencia entre teoría y práctica, entre pensamiento y escritura, entre intención y resultado:

Cada vez considero más urgente recordar que en los estudios de crítica literaria la exigencia de calidad es una *conditio sine qua non*. Por ello, si un autor o una obra aislada son mediocres, el crítico tiene la obligación de decirlo. Esa incómoda obligación dimana, no sólo de la ética del oficio, sino del oficio en sí mismo (p. 24).

Todas estas afirmaciones, matices y reflexiones de Ricardo Doménech sobre el compromiso ético del crítico teatral que nos plantea en su muy interesante «Introducción», puede ir las comprobando el lector a lo largo de los doce primeros capítulos de este libro, porque el décimotercero y último es obra del editor, Fernando Doménech Rico («Las vueltas», pp. 263-276). Así, tras un «Capítulo primero» en que el autor reflexiona en general sobre las coordenadas históricas y política de «El exilio de 1939: de la calamidad a la creatividad» (pp. 31-40), el capítulo segundo está dedicado a «La escena del exilio» (pp. 41-54), con el esbozo de un mapa teatral del exilio republicano en el que se incluyen no sólo los autores sino también, claro está, los más importantes directores (Cipriano de Rivas Cherif, Álvaro Custodio, José Estruch y Án-

gel Gutiérrez), actores y actrices (María Casares, Amelia de la Torre, Edmundo Barbero, Augusto Benedico, entre otros) y escenógrafos (Salvador Bartolozzi, Manuel Fontanals, Santiago Ontañón y Gori Muñoz). Lógicamente, el capítulo tercero está dedicado monográficamente a la trayectoria artística de «Margarita Xirgu» (pp. 55-62), mito escénico de nuestro exilio republicano de 1939. Esta síntesis de la escena exiliada es, sin embargo, excesivamente breve, porque a Ricardo Doménech lo que le interesaba fundamentalmente en este libro era estudiar la literatura dramática.

Así, tras estos dos capítulos consagrados a la escena exiliada, Ricardo Doménech aborda a partir del capítulo cuarto el estudio crítico de «La literatura dramática» (pp. 63-84), divide a los autores en cuatro grupos generacionales («Escritores nacidos en la década de 1880 o poco antes», «Generación de la República», «Escritores nacidos hacia 1915 o Generación del 36» y «Los escritores hijos de exiliados»), y empieza por estudiar la obra de los que él denomina «Los mayores» (Jacinto Grau, María de la O Lejárraga, León Felipe, Salvador de Madariaga y, más extensamente, al gallego Alfonso Rodríguez Castelao, aunque incluye también a Ramón Gómez de la Serna y Pablo Picasso, una doble inclusión a mi modo de ver más que discutible aunque por razones opuestas). La literatura dramática de los autores exiliados más relevantes, sobre los que Ricardo Doménech escribió amplia y profundamente durante cincuenta años, son estudiados monográficamente en los cinco capítulos siguientes: Rafael Alberti (capítulo quinto, pp. 85-109), Pedro Salinas (capítulo sexto, pp. 111-129), José Bergamín (séptimo, pp. 131-156), Alejandro Casona (octavo, pp. 157-

169) y Max Aub (noveno, pp. 171-205, el más extenso de todo el libro). Capítulos cerrados que me consta que el autor dio por acabados (por ejemplo, los de Alberti, Salinas y Max Aub, pero también, más adelante, el de José Ricardo Morales) y otros que me consta que quedaron inconclusos, como, por ejemplo, los de Casona o los capítulos décimo y duodécimo.

El capítulo décimo está dedicado a «Otros dramaturgos de la Generación de la República» (pp. 207-215) y en él se ocupa muy brevemente de las obras dramáticas de Rafael Dieste, María Teresa León, Paulino Masip, Concha Méndez, Carlota O'Neill, Eduardo Blanco Amor, Julián Gorkin, César M. Arconada, Luis Cernuda, María Zambrano, Ramón J. Sender y Manuel Altolaguirre.

Llama poderosamente la atención que el capítulo undécimo esté dedicado monográficamente a «José Ricardo Morales» (pp. 217-240), al que Ricardo Doménech llama «el último dramaturgo del exilio» y por el que sentía una particular admiración, sobre todo por su *Edipo, reina*, «una de las mejores obras dramáticas de nuestra literatura en este y el pasado siglo» (p. 235). Estas páginas constituyen, sin duda, la mejor síntesis sobre su literatura dramática.

Por último, y de nuevo como en el capítulo décimo, el duodécimo se refiere a «Otros dramaturgos de la Generación de 1936» (pp. 241-261) y en él se ocupa muy sucintamente de las obras dramáticas no sólo de José María Camps, María Luisa Algarra, José Antonio Rial, Manuel Andújar, José Herrera Petere, Álvaro Custodio, José García Lora, Isaac Pacheco, Luisa Carnés, Álvaro Arauz, Alfredo Pereña, Sigfrido Gordón y José Bolea, sino también las obras de los »niños de la gue-

rra», de la literatura dramática de la segunda generación exiliada: José Martín Elizondo, Maruxa Vilalta, Manuel Martínez Azaña y Teresa Gracia. Una «Bibliografía» final (pp. 277-315), obra del editor, en la que se incluyen los «Estudios de Ricardo Doménech sobre el teatro del exilio», las «Obras de los autores citados», algunas «Memorias y testimonios de la guerra y el exilio», los principales «Estudios», algunos «Números monográficos de revistas» y las más importantes «Páginas web» sobre el tema, completa este libro de Ricardo Doménech en edición de Fernando Doménech Rico.

Un libro tan excepcional como éste, por tratarse de la publicación póstuma de un texto inconcluso, exige explicaciones también excepcionales sobre su proceso de edición. Y, en este sentido, quiero felicitar públicamente a Fernando Doménech Rico por su largo, difícil y complejo trabajo como editor. Me consta que, por encargo de Julia Doménech, hija de Ricardo, tuvo que enfrentarse, según sus propias palabras,

a un maremágnum de papeles de muy diverso tipo, afortunadamente distribuidos en distintas carpetas por Julia, que iban desde capítulos ya redactados con muy pocas correcciones a papelitos de pocos centímetros cuadrados con alguna anotación manuscrita. Y multitud de fotocopias con flechas, tachaduras, rectificaciones, llamadas de atención, indicaciones enigmáticas... Existía, eso sí, un índice que fue la guía de mi trabajo para encontrar un camino que permitiera ordenar aquel océano de palabras. Hay que aclarar que Ricardo era un feroz enemigo de la informática, y jamás tocó un ordenador. Seguía escribiendo con su Oli-

vetti Letrera 33 y corregía con bolígrafo o lápiz. Y escribía muchísimo a mano» (p. 12).

Está claro que la tarea de Fernando Doménech como editor era ardua, pero es obvio que, a juzgar por el resultado, su trabajo ha sido tan honesto consigo mismo como respetuoso con el del autor, un esfuerzo por tanto digno del mejor elogio:

Si algo he corregido ha sido algún error evidente (datos, fechas...). He redactado algunos capítulos que estaban apenas esbozados (por ejemplo, el capítulo dedicados a «Las vueltas») y he completado los que estaban a medio escribir. He añadido –y utilizado– algunas referencias bibliográficas que Ricardo no llegó a conocer. Pero no me he permitido escribir nada nuevo que no estuviera planeado y anotado de alguna manera por el autor. Probablemente la mayor licencia que me he permitido es la de citar algunas páginas web que, en su enemistad por la informática, él no habría consultado.

Éste no es, por tanto, el mismo libro que hubiera publicado Ricardo Doménech: él habría reescrito, añadido nuevas páginas, eliminado algunas otras. Pero es *su* libro, el que estaba en sus papeles y en su mente cuando le llegó la hora de la muerte. Y representa una visión única, personalísima, de un crítico de sobresaliente agudeza que dedicó muchos años de su vida al estudio del teatro del exilio (p. 13).

En nuestro proyecto de investigación, además del trabajo puramente académico, soñábamos con apelar a la sensibilidad de algún hombre o mujer de teatro que hiciera posible el estreno de alguna de las mejores obras de nuestra literatura dramática exiliada. Y tanto Ricardo como yo teníamos

la esperanza de que ese sueño se convirtiera algún día no muy lejano en realidad y que el afortunado fuese nuestro común amigo, el también valenciano José Ricardo Morales. Pues bien, estoy absolutamente convencido de que Ricardo Doménech hubiera sentido la misma alegría que yo ante la confirmación de que el Centro Dramático Nacional, gracias a la sensibilidad de su actual director, Ernesto Caballero, va a estrenar durante los meses de abril y mayo del próximo año 2014 en La Sala de la Princesa del Teatro María Guerrero de Madrid cuatro obras en un acto de José Ricardo Morales, un joven dramaturgo de noventa y ocho años que, exiliado desde 1939, sigue residiendo en Santiago de Chile: *La corrupción al alcance de todos* y *Las horas contadas* (2 a 13 de abril), *Sobre algunas especies en vías de extinción* (23 de abril a 4 de mayo) y *Oficio de tinieblas* (14 a 25 de mayo). Un dramaturgo al que Ricardo Doménech dedicó a lo largo de su vida varios artículos y ensayos, de los que realiza en este libro, como ya hemos dicho, una espléndida síntesis.

Finalmente, sólo me queda invitar al lector interesado a subir a bordo del libro del crítico teatral Ricardo Doménech y a gozar el placer de navegar por unas páginas excelentes en una travesía panorámica por el mar de la escena y, sobre todo, de la literatura dramática de nuestro exilio teatral republicano de 1939. ■

*Manuel Aznar Soler*

GEXEL-CEFID-Universitat Autònoma de Barcelona